

La vocación sapiencial de la filosofía

Carlos A. Cullen

“El coraje de la verdad, la fe en el poder del espíritu es la primera condición de la filosofía”.

Hegel

Una civilización sostenida débilmente por la amenaza disuasiva de sus grandes potencias, y alimentada (como con suero) por un sutil escepticismo, ¿puede engendrar filosofía? ¿Puede cultivarse un “amor al saber” en una “cultura” del miedo y del descreimiento?

¿Para qué ser filósofos en tiempos de manipulación sistemática de la verdad y de desconfianza sistemática en el espíritu? ¿No será semejante el ejercicio de la filosofía, en estas condiciones, al querer pronunciar una palabra sin tener una lengua? ¿Qué código puede interpretar el “amor a la sabiduría” cuando se teme a la verdad y se desconfía del espíritu?

La filosofía, en su historia, parece siempre haberse definido con respecto a *otras formas* de relacionarse con la sabiduría: el mito, la teología, la ciencia. Pero, ¿tiene acaso experiencia histórica para poder definirse ante la *negación total* de la sabiduría? Porque la filosofía puede crearse un espacio mientras haya un *coraje* para la verdad y una *fe* en el poder del espíritu. Pero ante el miedo y el descreimiento, generalizados como *ethos civilizatorio* (y no como actitud personal de algunos cobardes y escépticos), la filosofía pierde su referente identificador. ¿Cómo hacer filosofía si se niega a una sabiduría previa? Si es quijotesco pelear contra molinos de viento, ¿cómo podemos definir la amistad con una negación?

Nuestra reflexión puede quedar orientada por dos expresiones de la gran historia de la filosofía, claves para designar esta presencia *previa* de la sabiduría, verdad y poder del espíritu, primera condición de la filosofía. Primero, el

comienzo de la metafísica aristotélica: el *deseo natural* de saber. Segundo, aquello que fundamenta la ética kantiana: el *factum rationis* que no es sino “la conciencia de la ley fundamental” del imperativo categórico. La sabiduría se inscribe en el hombre como *forma* de su *eros* y de su *conatus*. En el desear y en el deber está ya la sabiduría. Como si la sabiduría fuera, para el hombre, la gran matriz natural para su fantasía y el gran modelo fáctico para su esfuerzo. Justamente esta presencia previa de la sabiduría en el deseo y en el deber es lo que convierte a la filosofía, primero en “ciencia que *se busca*”, y luego, en “obrar que *se trasciende*”. Lo natural, del deseo, busca lo racional como su fin último. Lo racional, de la facticidad humana, trans-significa lo natural. Por eso, el coraje de la verdad es una búsqueda, guiada por el deseo, y, por lo mismo, es *el coraje de desear*. Por eso, también, la fe en el poder del espíritu es una trascendencia, guiada por el deber, y, por lo mismo, es *la fe en el esfuerzo*. No hay filosofía posible si el deseo está amordazado y el esfuerzo manipulado. Justamente por eso creemos, la filosofía nace separándose del mito, y re-nace separándose de la ciencia. Porque creyó que salvaguardaba el coraje de desear, al liberarlo del “eterno retorno” en “la ciencia que se busca”, y porque creyó que salvaguardaba la fe en el esfuerzo, al liberarlo del “indefinido progreso” en el “obrar que se trasciende”. Tuvo el coraje de buscar el *discurso lógico* y el *uso práctico* de la razón. Imaginó que el Bien, que movía al deseo, era una Idea, y sospechó que la Idea, que regulaba el uso de la razón teórica, era un Símbolo. Pero lo que no pudo saber, sino en su propia experiencia histórica, es que, al optar por el discurso lógico, dejó sin lenguaje al deseo, y que, al optar por el uso práctico, dejó sin sentido al esfuerzo. Es decir, por salvar al deseo, presuntamente amordazado en el mito, terminó *reprimiéndolo*. Y por salvar al esfuerzo, presuntamente manipulado por la ciencia, terminó *abandonándolo* a su inercia. Y así se formó –a sus espaldas– el típico engendro antisapiencial de los tiempos que corren: el mito de la ciencia o las pretendidas ciencias del mito. El esfuerzo convertido en objeto del deseo –perdiendo el deber su “facticidad”–, o el deseo convertido en objeto del esfuerzo –perdiendo así su “naturalidad”. Con lo primero, muere el coraje de la verdad, que se convierte en un simple problema “pragmático”; con lo segundo, muere la fe en el espíritu, que se convierte así en un simple problema “especulativo”. Es que al oponerse –con coraje– al mito,

la filosofía perdió la fe. Y al oponerse –con fe– a la ciencia, la filosofía perdió el coraje. Y sin fe ni coraje no hay sabiduría y –a fortiori– tampoco amor a la sabiduría.

Ampliando desde otros testigos la misma reflexión, podemos decir que la identificación *platónica* con la Idea implica –sí– pérdida de fe, pero conserva el coraje de la verdad: hay *un mundo* de verdades esenciales que se opone al de las apariencias. Con la identificación *hegeliana* de la Idea con la Naturaleza se da –sí– una pérdida de coraje (porque la apariencia es un momento de la esencia), pero, por el carácter negativo de la identificación, se conserva la fe en el poder del espíritu (ese “monstruoso poder del concepto” que niega la negación): hay una historia de las realizaciones efectivas del espíritu que se opone a la de los azares y las contingencias. Para Platón, es la *memoria* la que da coraje para buscar la verdad en medio de las apariencias. Para Hegel, es el *destino* el que da confianza al espíritu para realizarse efectivamente aun en medio de los azares y las contingencias. Es que, en realidad, es como si el mito persistiera –como memoria– en la episteme, y como si la teología persistiera –como destino– en el saber absoluto. Pero también esta memoria significó un *olvido* y este destino, una *arbitrariedad*. ¡Y con qué empeño grandes filósofos de este siglo quieren pensar lo olvidado y justificar lo arbitrario!

Separada del mito por el discurso lógico, y de la ciencia por el uso práctico; sin espacio propio, por no tener ya memoria de otro mundo, y sin tiempo propio por carecer de destino absoluto en su historia, la filosofía –sin eros y sin conatus– intenta cambiar su gesto milenario: no hay que amar el saber, pero no porque el saber esté efectivamente realizado, lo cual es una ilusión, sino porque finalmente comprendemos que la esencia del saber es el *poder*, y no el poder de la sabiduría, que mueve porque amable, sino el poder del *dominio*, que mueve porque temible. ¿No está acaso la filosofía posthegeliana polarizada por la definición de sus relaciones con el poder? ¿No empieza con Marx, con Nietzsche, con Freud, pero también con Husserl, con Heidegger, con Max Scheler, y con Russell, con Carnap y con Wittgenstein el dibujo de un nuevo rueda para la lucha, como decía Kant, donde la filosofía tiene que lidiar con el poder de las formaciones sociales, de los

hombres superiores, del deseo, del mundo de la vida, de la historia destinal del ser, de la cotidianeidad, de las metaciencias y los metalenguajes? ¿No es toda esta historia un ferviente llamado al “realismo”, a la “prudencia”, es decir, al *silencio*?

Decididamente, la metafísica no sólo no ha entrado al seguro camino de la ciencia, sino que –además– y contra la fe moderna tampoco ha entrado al más seguro camino del poder. El desplazamiento tópico de la sabiduría desde la naturaleza a la libertad, desde el deseo natural a la razón pura, desde la teoría a la práctica, queda a su vez desplazado: es que no sólo la verdad es una ilusión, también lo es la libertad. Y por primera vez en su historia, sin coraje en la verdad y sin fe en el poder del espíritu, sin sabiduría a la cual amar, la filosofía se repliega sobre sí misma, intenta ilusionarse con la posibilidad, última, de una filosofía de la filosofía, de una metafilosofía, que sea capaz de analizar su discurso, y ver qué puede conocer, criticar sus realizaciones, y ver qué debe hacer, destruir su historia, y ver qué le es lícito esperar. Es que, en realidad, siguiendo las preguntas kantianas, no sabe verdaderamente qué es el hombre, y duda que se pueda desear la verdad y que se pueda (o tenga algún sentido) usar la razón. Pierde el coraje y la fe. Como si descubriera que desear la sabiduría es un acto incestuoso, y por lo mismo prohibido, o que usar prácticamente la razón es un gesto delirante, y por lo mismo ineficaz. ¿Qué sentido tiene, entonces, hablar de contemplación y de conciencia moral en tiempos de “soficidio”? Si el proyecto es, como lo ha denunciado el Documento Episcopal de Puebla para América Latina, destruir las sabidurías de los pueblos y así, desde ese “parricidio” original, construir una cultura uniforme del poder, ¿qué sentido tiene ocuparse y preocuparse por la filosofía? Los intentos de pensar a la filosofía como una ideología (o su crítica), como una epistemología (o su límite), incluso como una ontología (por caminos cortos o por caminos largos), son, nos parece, una aceptación de esta situación.

¿Para qué ser filósofos en tiempos de miedo y escepticismo? ¿No produce este “ethos” de la intimidación y el descreimiento una verdadera autocensura? Amar a la sabiduría está prohibido, tener el coraje de la verdad es ilusorio (y además riesgoso), creer en el poder del espíritu es ingenuidad o –en todo caso–

ignorancia. ¿No se ha dicho, acaso, entre nosotros que pensar que la pobreza es un problema de justicia y no de desarrollo es una exageración?

Sin embargo, la filosofía tiene una vieja amistad con la sabiduría, y como en toda amistad el asunto radica en la fidelidad. Hoy, como siempre, lo único que justifica a la filosofía es su complicidad radical con la sabiduría. Y hoy como siempre, el único problema es encontrarse con la sabiduría. Si la naturaleza no es ya el espacio propio de la filosofía, y si la historia no es su tiempo, es, pura y simplemente, porque *esa* naturaleza y *esa* historia han dado las espaldas a la sabiduría. Es decir, no porque la filosofía no sea ciencia ni porque no sea ideología, sino porque la filosofía es amor a la sabiduría y, desde su memoria y su destino, sabemos que la sabiduría no está en una naturaleza sin verdad “en-sí” (en el fondo: sin dioses), y que no está en una historia sin poder espiritual (en el fondo: sin pueblos). Es la sabiduría misma la que no puede convivir con el miedo y con el escepticismo, porque ella es verdad, que engendra coraje, y poder, que engendra confianza. Todavía, mejor expresado, es ella, la sabiduría, la que resiste al miedo y al escepticismo, proponiendo otro proyecto civilizatorio.

Si en tiempos de Kant, la sabiduría se desplazaba desde la naturaleza a la libertad, desde la “semiótica del mundo natural” (Greimas) a la “poética de la voluntad” (Ricoeur), y en tiempos de Hegel, desde la libertad a la historia efectivamente realizada (prosa del mundo), en los tiempos que corren, y pese a todos los anuncios, la sabiduría está desplazada y de ninguna manera disuelta (en huellas oníricas o en anticipaciones cibernéticas). ¿Dónde habita la sabiduría? En realidad, creemos, donde siempre ha estado: en los pueblos, en el núcleo sapiencial (ético-mítico) de sus culturas. Y es esa sabiduría, hoy como ayer, la que da que pensar. Una pretendida cultura del miedo y el escepticismo simplemente indica que su espacio, la naturaleza, ya no tiene dioses, y su tiempo, la historia, ya no tiene fiestas. Es decir, ya no son (quizás nunca lo fueron) los pueblos los dueños del espacio y los protagonistas del tiempo. Sin embargo, es la “hora de los pueblos” y debe serlo.

¿Es posible entonces la filosofía? Creemos que sí, pero sólo *habitando* cerca de su origen, es decir, del *mito* como forma de la sabiduría de los pueblos (y no como mordaza del deseo de saber), donde se conserva celosamente el coraje de la verdad, y sólo *cultivando* la tierra que la sustenta, es decir, el *ethos* como contenido de la sabiduría popular, que conserva celosamente la fe en el poder del espíritu. Si la filosofía quiere ser fiel a su vocación constitutiva, debe amar a la sabiduría, y la sabiduría, en esta civilización del miedo y del escepticismo, habita en los pueblos, a quienes se pretende excluir del espacio de la naturaleza y del tiempo de la libertad, pero que *resisten*, porque tienen el coraje de la verdad y porque creen en el poder del espíritu. Son, de alguna manera, el reservorio de la sabiduría.

¿Para qué ser filósofos en tiempos de miedo y descreimiento? Sólo para responder al llamado de la sabiduría, para ser fieles a su vocación: testimoniar que la sabiduría es digna de ser amada, que es fundado el coraje de la verdad y la fe en el poder del espíritu, que la *vocación sapiencial* no es, para la filosofía, ni una exageración, ni una ilusión: es su "pathos" constitutivo. Que animarse a la verdad y creer en la justicia siguen siendo lo único que justifica a la filosofía. Que desear saber y usar prácticamente la razón no sólo no se oponen entre sí, sino que constituyen –desde siempre– el anverso y reverso de la sabiduría de los pueblos.